

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

XXVI



Córdoba, 2019

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

XXVI

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Diputación de Córdoba, Departamento de Ediciones y Publicaciones

Córdoba, 2019



Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XXVI

Consejo de Redacción

Coordinador

Juan Gregorio Nevado Calero

Vocales

Fernando Leiva Briones

Manuel García Hurtado

Juan P. Gutiérrez García

José Manuel Domínguez Pozo

Manuel Muñoz Rojo

Edita e Imprime: Diputación de Córdoba
Ediciones y Publicaciones.

Foto Portada: Vista de Iznájar desde el Sur. Foto de Miguel Gutiérrez Ortiz.

I.S.B.N. Autor : 978-84-09-15919-2

Depósito Legal: CO 1821 - 2019

EL PRIEGUENSE JOSÉ MOYA DEL PINO, MURALISTA DE FAMA EN LOS ESTADOS UNIDOS

Miguel Forcada Serrano

Cronista Oficial de Priego de Córdoba

El pintor José Moya del Pino nació en Priego de Córdoba (España) en 1890 y murió en la ciudad de Ross, California (Estados Unidos) en 1969. Su vida está compuesta por una sucesión de episodios absolutamente sorprendentes que hemos relatado en una biografía que esperamos vea la luz próximamente.

Uno de aquellos episodios, completamente inesperado si nos atenemos a su trayectoria anterior, es su trabajo como pintor de murales en la costa Este de los Estados Unidos a partir de 1932. A partir de ese año y en el periodo más duro de “la Gran Depresión”, el Presidente de los Estados Unidos Franklin D. Roosevelt, pone en marcha un gigantesco plan de inversiones públicas para impulsar la economía y dar trabajo a todos los que se habían quedado en la miseria. Es lo que se llamó el “New Deal” que en pocos años puso de nuevo al país en marcha.

Para dar trabajo a los artistas y artesanos se creó un programa específico, el “Public Works of Art Project” (PWAP), y a partir de 1934, el “Federal Art Project” (FAP). Se aceptaban sin muchas condiciones proyectos para decorar edificios públicos a cambio de un módico sueldo semanal y se ha calculado que en el primer programa se llegaron a contratar a más de tres mil artistas.

José Moya del Pino había llegado a los Estados Unidos en 1925 como director de un proyecto cultural denominado “Exhibiciones Velázquez” que consistía en una gira internacional para exponer la colección de copias de los cuadros de Velázquez existentes en el Museo del Prado, copias en tamaño idéntico al original, que había realizado el propio Moya del Pino. Pero después de mostrar la colección en Nueva York, Filadelfia y Washington, quedó varado en San Francisco de California, abandonado por el gobierno español y por el Rey de España que hasta entonces lo habían apoyado.

Completamente arruinado, Moya se gana la vida haciendo retratos y ya en 1932 logra integrarse en el “Public Works of Art Project” (PWAP) pintando murales, un género artístico que hasta ese momento nunca había practicado.

Dedicamos esta ponencia a resumir su labor como muralista, que desarrolló junto a artistas tan famosos como Diego Rivera, Orozco, Siqueiros, Otis Oldfield, Victor Arnautoff, Rinaldo Cuneo y Clifford Wrieth.

Su primer trabajo sería el que seguramente le ha dado más fama posteriormente: el de la “Coit Tower”, un mural situado en un edificio monumental en el centro de San

Francisco que todavía hoy está abierto al público siendo uno de los atractivos turísticos más importantes de la ciudad.

La “Torre Coit” se construyó a partir de 1931 con el dinero que al morir había dejado Lillie Hitchcock Coit, una señora de armas tomar que vestía como un hombre, fumaba puros y entraba en las casas de juego, donde la presencia de las mujeres era entonces inconcebible. Por su incesante actividad pública en apoyo del servicio contraincendios de San Francisco, se convirtió en “mascota” o “musa” del cuerpo de bomberos y más tarde fue distinguida con el título de “bombrera honorífica”. La “Torre Coit” se construyó sobre proyecto del arquitecto Arthur Brown, tiene 64 metros de altura y está situada en lo más alto de una colina en el barrio de Telegraph Hill, el centro histórico y turístico de la ciudad.

Inspirado sin duda por las maravillosas vistas que desde la torre se contemplan (las colinas de la península de Marín al fondo, gran parte del interior de la Bahía, las Islas de Alcatraz y del Tesoro, etc.), Moya del Pino dibujó un proyecto bastante ambicioso, técnicamente muy complejo, para un espacio de unos 3,5 metros cuadrados, situado en el vestíbulo de los ascensores. Desde el punto de vista del espectador y con una perspectiva casi cenital, en la zona alta aparecen los acantilados del borde opuesto de la bahía, el mar azul, y como si de una balsa flotante se tratara, la isla de Alcatraz, en la que se adivinan los muros de una cárcel de alta seguridad que se encuentra todavía en construcción; un barco a vapor, casco rojo y densa humareda, cruza plácidamente la bahía tirando de un remolque... La mitad inferior del mural, está ocupada en cambio por un verdadero bullicio: varios barcos atracados en torno al muelle, edificios de más de cinco alturas vistos desde las terrazas, alguna chimenea en plena erupción, y sobre el precipicio inmediato, dos hombres sentados de espaldas, el primero dibuja y el segundo simplemente se sujeta agarrándose a la hierba...

En la entrevista que le realizó Mary Fuller años después, el prieguense recordaba que Otis Oldfield le sirvió de modelo para dibujar a esos hombres que están sentados en la ladera contemplando el paisaje. También recordaba un episodio que se repitió varias veces entre los muralistas que trabajaban en aquellos años en América. Cuando la torre iba a ser inaugurada, completamente decorada, surgió un problema inesperado: los promotores se negaban a abrirla si no se borraban los símbolos del comunismo que aparecían en algunos murales; en concreto, Clifford Wrigth se vio obligado a ocultar la hoz y el martillo que aparecía en su obra. No en vano estamos hablando de una época en la que la revolución rusa todavía era considerada en muchos países como una promesa para un mejor futuro, por lo que un alto porcentaje entre los artistas, se declaraban comunistas y hacían evidente en su obra el apoyo a esa ideología.

La Torre Coit fue inscrita en el “Registro Nacional de Lugares Históricos” en 2008, está abierta al público y en la visita, es fácil encontrar el mural pintado por José Moya del Pino, que se halla en buen estado de conservación.

Poco después de terminar el trabajo de la Torre Coit, Moya del Pino fue contratado para trabajar en San Diego en la decoración del salón principal de una fábrica de cerveza que se había trasladado desde México. En esta operación y en la que después realizó en otras industrias cerveceras, sin duda tuvo algo que ver el conocimiento y las conexiones que su suegro Emile Clemens Horst tenía en este sector empresarial.

La fabricación y venta de bebidas alcohólicas estaba prohibida en los Estados Unidos desde hacía una década, pero había la opinión pública era cada vez más contraria a esta situación pues la llamada “Ley Seca” no *había acabado* con el consumo

y en cambio había provocado el aumento de la delincuencia y del crimen a través del contrabando. En marzo de 1933 el recién elegido presidente Franklin D. Roosevelt, en otra de sus decisiones históricas, anuló “Ley Seca” legalizó la fabricación y consumo alcohol argumentando que la medida rebajaría la delincuencia y además, supondría un estímulo para la industria y el comercio.

La nueva regulación facilitó la creación de empresas en el sector y ocurrió que en la ciudad de San Diego, muy cercana a la frontera sur, se estableció una empresa cervecera radicada anteriormente en México. La “Cervecería Azteca”, pues su nombre era “Aztec Brewery”, levantó una fábrica nueva y para su “salón de degustación” abierto al público, construyó en 1934 un edificio “a todo lujo”, para la que se contrataron artesanos y artistas de distintas especialidades.

En palabras de Fran Cappelletti, estudioso de la historia de San Francisco y actual director de la “Biblioteca Moya”, *“Es una hermosa pieza de historia que consigue un magnífico retrato de las culturas antiguas, de los pueblos indígenas y de paisajes locales del pasado”*. En efecto, el salón estaba cubierto por un techo en forma de bóveda sostenido por vigas de madera tallada con relieves de inspiración azteca; las mesas y sillas, las vidrieras y candelabros son de estilo cercano al modernismo; en su pared frontal aparece un enorme mural que representa un sacrificio humano tal como lo practicaban los aztecas y en los laterales hay otros dos murales que reproducen escenas de la historia precolombina el primero y de la colonización española el segundo. Con estos tres murales, plenamente dramáticos, Moya del Pino se integraba en la tradición muralista mexicana, pero además se convertía en pionero de la presencia de la cultura azteca y maya en los Estados Unidos ya que a la zona de San Diego estaban llegando miles de emigrantes que darían lugar al movimiento chicano en California. Tanto el local como los murales tuvieron una larga y rocambolesca historia que llega hasta nuestros días.

Un año después de su trabajo para la cervecería de San Diego, Moya del Pino aceptó el encargo de otra empresa cervecera radicada esta vez en San Francisco. La “Acme Brewing Company” había sido creada en 1907 y tenía su fábrica cerca del Telegraph Hills, en pleno centro de San Francisco, pero al llegar la “Ley Seca” tuvo que dedicarse a fabricar refrescos y helados. Ya en 1934 reanuda su actividad y construye un nuevo edificio para oficinas, departamento de ventas y sala de degustación. Para decorar esta sala encarga a Moya del Pino tres murales, que fueron pintados al fresco, en los que el pintor va a contar gráficamente las etapas que integran el proceso de fabricación y consumo de la cerveza. En el primero representa las labores agrícolas de recogida del lúpulo y la cebada; en el segundo aparece el proceso de fabricación de la cerveza. El tercero, conocido como “Un picnic familiar”, representa *“a los estadounidenses típicos, que disfrutaban de la abundancia de la agricultura y las artes de los cerveceros mientras comparten la alegría de la familia y las incomparables vistas del área de la Bahía”*. Atento siempre al entorno, el pintor incluye en los fondos de este mural los mismos motivos que aparecen en los de la Torre Coit: los maravillosos paisajes de la Bahía.

Estos murales fueron comentados en “La Avispa” con párrafos tan elogiosos que por sí mismos consagraban a Moya como un gran pintor: *“La manera en que Moya del Pino se ha pintado estos frescos le da una nueva dignidad a la industria cervecera. El artista ha elevado el tema a su altura, ha hecho de él algo que a la vez es hermoso como una obra de arte, informativo y entretenido como un registro de esa industria. Es*

preciso en la descripción; en la mayoría de los casos es bastante poético en su concepción, y es amplio y vigoroso en su presentación”.

Un reportaje publicado en la revista semanal “Hispano-América”, editada en español, dedicó la mitad de la página de portada a Moya del Pino, con su foto a buen tamaño lo que demuestra que era ya un artista respetado y valorado. El redactor, M.J. Urrea comenta los murales de Moya y lo pone a la altura de grandes artistas como Frank Dumond, Gottar do Piazone o Diego Rivera.

Después de su trabajo en las cervecerías ACME y Azteca, empresas privadas que no dependían de los programas públicos para artistas, Moya del Pino se integró de lleno en el “Federal Art Project”, concretamente en el sector de las “Oficinas de Correos” que se estaba construyendo por todo el país dentro del programa de inversiones públicas. Los murales se adjudicaban tras una especie de concurso en el que podían participar varios pintores; los interesados en participar presentaban un boceto que se enviaba a un departamento del gobierno Federal en Washington y se pagaban en tres plazos, el último tras el envío de una fotografía sobre el trabajo terminado o mediante un certificado del administrador de la oficina. Si ánimo de ser exhaustivos, pues algunos murales pueden haber desaparecido, vamos a resumir, destacando algunos que incluso despertaron fuertes polémicas.

En 1936, Moya ganó el concurso para un mural en la oficina de correos de Stockton; el tema del mural fue “Mail And Travel By Stage”, es decir, el transporte del correo y de los viajeros por medio de una diligencia, *“algo así como el viejo Wells Fargo”*, recordaba el artista. Las medidas fueron de 3 metros de alto por 5,6 m. de largo y se colocó por encima de la puerta del jefe de la oficina. (Imagen 7.4.1 Mural de Stockton)

En 1937 realizó otro para la oficina de Redwood, entonces una pequeña ciudad situada al borde de la bahía, en la que había proliferado la floricultura. El tema fue la horticultura y jardinería y el comercio de las flores, bajo el título “Flower farming and vegetable raising”.

También fue contratado para decorar algunas salas del Club de Comercio e Intercambio de San Francisco. Se trataba de una entidad reservada a las élites de la economía local y Moya, considerado ya como uno de los mejores muralistas del país, resumió en tres imágenes la historia de San Francisco. En el primero representa la época de la España colonial; en el segundo aparecen los buscadores de oro que en la segunda mitad del siglo XIX partían desde San Francisco hacia el norte; en el tercero, en una amplia panorámica contempla la vida cosmopolita de la bahía: obreros trabajando en la construcción de los rascacielos, aviones y hasta un “dirigible” cruzando el espacio sobre la bahía, y en el mar los buques de vapor y el puente (el Golden Gate) que está todavía en construcción.

En 1939 y fuera del programa de oficinas de correos, hizo varios murales en colaboración con el arquitecto John Savage Bolles, para la Feria de la Isla del Tesoro y para la exposición internacional del Golden Gate, cuya obra se acababa de concluir proclamándose el puente como el más largo del mundo. Uno de estos murales fue el de mayor tamaño de los que realizó Moya del Pino pues tenía unas medidas de 53 metros de largo por 12 de alto.

En 1940, en la última etapa de la “moda” de los murales para oficinas de correos, pintó su mural más polémico, el de Alpine. Cuando el pintor envió a Washington su propuesta para ese mural, ni siquiera sabía dónde estaba Alpine. Su

proceder habitual era visitar el lugar antes de concursar para comprobar las dimensiones y el emplazamiento que se le reservaba y conocer la ciudad; pero en este caso descubrió que Alpine estaba a más de 2000 km. de San Francisco (en el estado de Texas, al borde de la frontera con México), cuando ya tenía adjudicado el trabajo. Le resultaba demasiado gravoso un viaje tan largo y resolvió el problema pidiendo información a través de varias cartas dirigidas al director de la oficina de correos de Alpine, que resultó ser una directora. Moya recuerda así el intercambio epistolar: *“La carta era muy curiosa. Ella me dio toda la información sobre lo que Alpine no era. Me dijo que Alpine era una ciudad muy progresista, Alpine estaba situada entre dos ciudades, en la línea del ferrocarril, a medio camino entre San Antonio y El Paso; la ciudad era conocida por su famoso colegio llamado Sulrose, una universidad estatal, y era famosa desde hacía tiempo por su ganado de cuerno largo. Entonces pedí más detalles. Ella me envió un folleto de la Cámara de Comercio en el que se describían los lugares a visitar en Alpine. A doscientas millas de Alpine, decían, están las famosas cuevas de Carlsbad; a cuatrocientas millas, cerca de San Antonio, hay algo allí... un rancho famoso. El eslogan de Alpine era "la ciudad más grande, en el condado más grande, en el estado más grande de la Unión". Pero creo que había unas 800 personas en el pueblo en aquel momento...”*¹

Entonces, Moya pintó un mural para Alpine. El centro lo ocupan dos animales de cuerno largo, dos bueyes de piel rojiza; al fondo aparece la “ciudad”, un pequeño pueblo en cuyas cercanías se ve una piarilla de ganado; la zona alta del mural está ocupada, de este a oeste, por una cadena de montañas parcialmente cubierta por un cielo nuboso. En ese ambiente, plenamente campestre, los primeros planos resultan impactantes: a la izquierda, un varón semirrecostado lee un libro y a su lado, una mujer cómodamente estirada en el suelo despliega una revista ilustrada. A la derecha, un verdadero cowboy (botas de montar, pañuelo al cuello y sombrero tejano) está ensimismado leyendo un periódico.

Lo que pudo ser un positivo retrato del oeste americano, levantó la polémica en Alpine. El día de la inauguración, algunos paisanos asistieron a la misma para decirle al artista lo que pensaban: que el mural era muy bonito pero que... que las montañas no se parecían a las de allí, que el ganado nunca se acerca tanto a la población, y sobre todo que... ¿dónde se había visto a un vaquero leyendo un libro?.

El mural de Alpine tiene una extensión de diez metros cuadrados, está realizado al óleo sobre lienzo y se colocó sobre la puerta del jefe de la oficina de correos. En la actualidad se encuentra en el mismo lugar, pero en los 79 años que han transcurrido desde su colocación, ha sido objeto de miles de comentarios hablados y de algunos escritos. De ellos daremos cuenta en el capítulo dedicado a la situación actual de la obra de Moya del Pino.

En 1941 nuestro pintor pintó un mural para la oficina de correos de Lancaster, ciudad situada en el desierto de Mojave, cerca de Los Ángeles. En este caso los herederos de Moya han conservado el contrato que se firma entre el Gobierno de los Estados Unidos y José Moya del Pino y por lo tanto podemos conocer los detalles de estos contratos y el procedimiento que se seguía. El mural, que se realizará al óleo sobre lienzo, será colocado sobre la puerta del despacho del jefe de correos, en el vestíbulo público del edificio. Tendrá unas medidas de 13' 19'' de ancho por 4' 0,5'' de alto, y el tema a desarrollar será “Acarreo de tuberías de agua a lo largo del Valle del Antílope”. El artista tiene un plazo de 212 días para realizar su obra y cobrará en tres plazos: el

primero, de 150 dólares, al presentar el boceto preliminar; el segundo, de 250 dólares, al terminar la pintura sobre lienzo; y el tercero, de 350 dólares, cuando haya sido colocada en la oficina previo certificado del jefe de Correos. Moya pintó una larga recua de mulas que atraviesan el desierto tirando de un carro sobre el que viajan las tuberías para la instalación del agua potable en Lancaster.

Y ya en 1945 realizó un mural para la farmacia de Rossi Bros situada en la Avenida de San Anselmo, en Ross. El mural, recientemente restaurado, fue encargado con el fin de mostrar la historia de la farmacología, desde Hermes Trismegisto hasta los hermanos Rossi. También realizó en esta época un mural para la escuela de Ross.

Las vicisitudes posteriores sufridas por los murales de Moya del Pino desde su ejecución hasta la actualidad, son también innumerables y en algunos casos rocambolescas: muchos se conservan y han sido restaurados; otros fueron destruidos con los edificios a los que estaban adheridos; algunos permanecen escondidos tras enormes polémicas en defensa de su rehabilitación...

La actividad como muralista dio a nuestro pintor la oportunidad de conocer y tratar a personajes que después se han convertido en auténticos mitos. Un caso es el del mexicano Diego Rivera, al que Moya había conocido en Madrid y con el que coincidió en los años de la Torre Coit en San Francisco. Moya participó en las protestas que organizaron los muralistas de la Torre cuando los promotores del Rockefeller Center obligaron a Rivera a eliminar una imagen de Lenín que había pintado; posteriormente, cuando el mexicano pintaba un mural en la Bolsa de Valores de San Francisco, se veían con frecuencia y mantuvieron improvisadas charlas incluso subidos en los andamios sobre los que trabajaban. Moya tenía una imagen muy positiva de Rivera al que consideraba un hombre muy culto y moderado que ganó mucho dinero, pero que vivía con sencillez.

Para profundizar en las fuentes y bibliografía que han hecho posible este trabajo remitimos a los interesados al libro, de próxima aparición, titulado **“JOSÉ MOYA DEL PINO** Priego de Córdoba (España), 1890 – Ross (California), 1969: **DOS VIDAS DE ARTISTA”**





**Ilustre Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales**

